

—Estais locos, dijo secamente Lola, y os invito á que os retireis, señores.

El vizconde hizo rodar un sillón hasta cerca de la marquesa, y le besó reverenciosamente la punta de los dedos, invitándola á tomar asiento.

—Esa no es vuestra última decision, dijo, conservando el tono suplicante; somos jóvenes, ricos, nobles....

—Y lo que es mas que todo eso, exclamó el caballero Leon, que no habia dicho aún nada, os amamos, señora.... ¡Os amamos!.... Y por mí, pasaria contento mi vida siendo vuestro esclavo.

—Este va por mal camino, pensó Teresa; mas fuerte es el otro.

Eduardo dirigió á su hermano una mirada de celos.

—¿Crees tú amar mas que yo? exclamó. Si hablo de mi fortuna y de mi nombre, es para ponerlos á vuestros piés, añadió dirigiéndose á Lola.... quisiera doblar, triplicar, cuadruplicar, centuplicar mis cien mil libras de renta para que fuérais tan poderosa como una diosa, y para hacer que vuestros caprichos fuesen la ley del mundo.

—Así, así, seguid.... se dijo Teresa, y vereis como termina el negocio agradablemente.

La fisonomía de Lola, que se iba dulcificando visiblemente, permitia tener esta esperanza.

Sin embargo, no podia ceder tan fácilmente á la primera intimacion; al menos le era preciso guardar los honores de la guerra.

Lola cambió de táctica y se puso á sonreír.

—Señores, dijo, es muy difícil la apuesta, y para vuestra edad habeis salido con bastante lucimiento. Vuestros amigos os esperan sin duda para felicitaros por vuestro valor. Id á reunirlos con ellos, pues por esta noche habeis hecho ya bastante..... Pero soy curiosa y desearia saber cuánto habeis apostado, señor vizconde.

—¿Apostar? señora, por nuestro honor....

La marquesa se levantó.

—No jureis en falso, dijo; habeis venido aquí para conquistarme.... Unicamente que yo como os encuentro á los dos bellos y de buena figura, necesito algun tiempo para hacer mi eleccion en un negocio tan grave.

El vizconde y el caballero se miraron á hurtadillas; este golpe era muy difícil de parar.

—No creais que me chanco, prosiguió la marquesa con una amable sonrisa.... volved mañana.... pasado mañana, cuando querais; mi casa os estará siempre abierta.

Los dos hermanos permanecian inmóviles y unidos.

—¿Y bien? preguntó la marquesa; ¿casi es una exigencia excesiva pedir os un plazo de algunas horas?

—Nuestro amor.... comenzó el vizconde.

—Convenido. Vuestro amor es excesivo, fogoso, incomparable. Pero estoy mala y os suplico que tengais piedad de mí.

Cambiaba la escena. Teresa, que iba señalando los puntos, podía probar que los dos jóvenes perdían terreno.

Pasó algún tiempo antes que Eduardo respondiera.

—Señora, dijo, es evidente que debiéramos caer de rodillas y daros gracias; ¿pero qué quereis? somos dos niños muy tercios. Se nos ha metido en la cabeza, dispensadme que os diga esto, señora marquesa, que no saldrá de aquí esta noche alguno de los dos costare lo que costare.

Lola arqueó las cejas.

—Así pues, dijo, ¿no quereis obedecer?

—Os pedimos de rodillas mil perdones.

Lola dió un paso hácia la chimenea.

—Fuerza es que acabe por donde debí haber comenzado, murmuró. Voy á llamar á mis gentes.

Lejos de contrariar esto, á nuestros dos jóvenes pareció causarles un placer evidente el giro que tomaba la escena; ambos tuvieron que violentarse para comprimir la triunfante sonrisa que queria asomar á sus labios.

El vizconde Eduardo se habia colocado de un salto entre la marquesa y la chimenea.

Lola quiso pasar mas adelante. El vizconde en lugar de detenerla siguió al pié de la letra las buenas tradiciones recomendadas por los maestros en esas circunstancias; tomó de la chimenea un par de tijeras damasquinas y cortó con mano hábil los dos cordones de la campanilla.

—Á mí, Teresa, exclamó la marquesa.

—¡Calla!... dijo el caballero Leon... ¡María no se llama Luisa!...

Como la doncella aparentaba acudir al socorro de su ama, la rodeó él con sus brazos.

Se empeñó una lucha. El caballero Leon no brillaba por el vigor, porque la victoria iba á quedar por Teresa sin la intervencion del vizconde.

Este llegaba teniendo en la mano los dos cordones de la campanilla.

—¡Veinte luses si te dejas vencer!... murmuró al oido de la camarera.

Teresa cesó de resistir y se puso á exhalar gemidos lamentables.

El vizconde le ató fuertemente los brazos y las piernas.

—¡Ah!... decia Teresa llorando, ¡pobre ama mia!... ¡pobre ama mia!.....

Esta habia tomado el partido de dejarse caer en un sillón en una postura agradable y pronta á desmayarse.

Quando el vizconde y el caballero volvieron hácia ella despues de haber anudado un pañuelo á la boca de Teresa, levantó hácia ellos la marquesa sus hermosos y moribundos ojos.

—Estoy á merced vuestra, señores, dijo; tened piedad de mí....

El vizconde y el caballero no parecían muy dispuestos á abusar de su victoria. Acercaron dos sillas y se sentaron enfrente de la infortunada mar

quesa, que habia cerrado los ojos, esperando la catástrofe.

—Señora.... dijo Eduardo.

—¡Dejadme!.... dejadme!.... exclamó la marquesa haciendo retroceder su sillón.

El caballero Leon se sonreía.

—Calmaos, señora, replicó Eduardo. Ahora que vuestra doncella no puede defenderos ó escaparse para pedir socorro, no teneis que temer absolutamente nada de nosotros.

El vizconde se interrumpió para dibujar con la punta de su bota algunos arabescos en la alfombra.... su semblante, tan resuelto antes, expresaba ahora alguna turbacion.

—Lo que nos resta por decir es estremadamente delicado.... prosiguió; pero no os lo puedo ocultar por mas tiempo. No hemos venido por vos.

Lola se estremeció débilmente, dirigiendo una furtiva mirada.

No respondió.

El vizconde sudaba.

—¡Vamos! dijo el caballero frunciendo sus bellas cejas.... creo que es preciso que hable.... Sois muy galante, hermano mio.... He aqui el hecho, señora marquesa.... En vuestra casa teneis una jóven por la que nos interesamos los dos en el mas alto grado.

La marquesa no le dejó acabar. Olvidando su debilidad y su desmayo, saltó sobre sus piés como una leona.

—¡Ah! dijo entre dientes.... no venis por mi.

A su vez se levantó Leon con un movimiento violento, como si hubiese soltado repentinamente la brida á una cólera reprimida por mucho tiempo.

El vizconde lo obligó á sentarse.

—Señora, prosiguió dirigiendo una mirada hácia las ventanas, por donde comenzaban á penetrar los primeros albores de la mañana; el tiempo vuela y es preciso apresurar el desenlace de todo esto.... Esa jóven de que acaba de hablaros mi hermano no debe permanecer á vuestro lado.... Venimos á buscarla.

Ya no se trataba de ataques mas ó menos audaces ni de locas galanterias. La marquesa entreveía el lazo. Hasta entonces se habia obligado á temblar y su cólera como su terror eran prestados.

Pero ahora cólera y terror eran verdaderos.

Estaba muy pálida; sus negras cejas se arqueaban violentamente. Sus miradas, que antes se habian dirigido á Teresa, maniatada, se fijaban ahora en el suelo.

—¿Quereis respondernos, señora? dijo el vizconde, que recobraba su sangre fria.... ¿nos entregais esa jóven?

—¡No! replicó Lola en voz baja.

—Reflexionad, exclamó Leon; lo que no se obtiene de grado se consigue por la fuerza.

La marquesa intentó reír.

—Esto, señores, es un juego de niños, dijo. Habei maniatado á mi doncella y cortado los tirado-

res de las campanillas.... estos medios se usaban únicamente hace muchos años.... Si yo levantara la voz acudirían los vecinos.

—Podrá suceder así, señora, replicó friamente Eduardo; pero os aseguro que no lo hareis.

Separó el forro de su levita y tomó una diminuta pistola; su hermano hizo lo mismo.

Teresa abrió desde su rincón desmesurados ojos. En el momento en que habia cambiado de aspecto la escena de una manera tan completamente inesperada, habia intentado desembarazarse de sus lazos; pero se encontraba con que el vizconde y el caballero la habian atado en broma con la mayor seguridad.

A la vista de las pistolas se encogió de hombros Lola.

—¡Contra una mujer! dijo con desden.

—Convengo en que es poco caballeresco, replicó el vizconde; pero la necesidad no tiene ley. Vamos á ponerlos lo mas respetuosamente posible, al lo permitís, en el mismo estado que á vuestra criada.

Lola estaba de pié, mientras que los hermanos permanecian sentados. Tenia la cabeza baja, y al parecer meditaba el modo de huir.

Decia: Si entre ellos y yo puedo interponer una puerta, estoy salvada.

Porque sus sospechas no iban mas allá de la apariencia; para ella habia cambiado el objeto de los dos jóvenes: hé aquí todo. En lugar de atacarla á

ella era á Blanca; pero á sus ojos no se trataba más que de un capricho amoroso.

La idea que habia atravesado su imaginacion al principio de su entrevista, y aquel recuerdo vago que se habia despertado en ella al aspecto de los dos jóvenes, no existia desde las bruscas emociones sufridas. No lo recordaba ya.

En el momento en que podia pensar que los dos hermanos confiaban en su inmovilidad, dió un salto y llegó al otro extremo de la habitacion, donde se abria la puerta de las habitaciones interiores.

El caballero la acechaba, y como era un muchacho ágil; hizo una evolucion.

Lola lo encontró entre ella y la puerta.

Lola quiso gritar, pero él le puso la mano en la boca.

—Silencio, señora, dijo al mismo tiempo el vizconde, ó ¡ay de vos!

—No me asesinareis, gritaba la marquesa forcejeando; sois hombres.

El caballero soltó la carcajada, y en este exceso de alegría su voz, que ya no engruesaba, tenia notas poco masculinas.

—Si es esa vuestra última esperanza, dijo el vizconde, siento mucho quitárosla. Vuestra excesiva modestia no os habrá permitido tal vez examinarnos bien, y yo por mi parte soy incapaz de engañaros: miradme.

El vizconde habia echado hácia atrás sus cabellos, y vovió el rostro á la lámpara.

Los brazos de Lola cayeron de pronto.

—¡Estoy local balbuceó: ¡Diana!

El caballero la cogió de los hombros, volviéndola hacia sí.

—A mi vez, Lola, dijo; miradme también con atención. Mi hermana es demasiado buena y pudiera ser que temblara su mano; pero yo me encuentro muy bien con este traje de hombre, y al menor grito que deis os levanto la tapa de los sesos!

—¡Elenal murmuró la marquesa con voz apagada; ¡y no las he conocido!

Estaba entre las dos jóvenes, que tenían erguida la cabeza, y en cuyos ojos brillaba una determinación exaltada.

No había que esperar compasión.

Miraba con excesivo terror los cañones de las pistolas, que no se separaban de su cuerpo.

Dobláronsele las rodillas bajo el peso del cuerpo, y cayó desmayada real y efectivamente esta vez.

En un segundo fueron atadas sus manos y pies como los de Teresa, y cubierta su boca con un pañuelo.

—¿Dónde está la habitación de la señorita de Penhoel? preguntó Diana á Teresa.

Esta no tenía libres más que los ojos, é indicó con la mirada una puerta que las jóvenes no tardaron en franquear.

Algunos minutos después partía á galope el car-

ruaje que llevaba las iniciales de B M, acompañado de los dos negros.

Estaba decidido que había de ser turbado más de una vez en la noche el sueño de los pacíficos habitantes de la calle de Santa Margarita.

En efecto, apenas se alejaba el carruaje en dirección de la Cruz Roja, cuando á los nacieros rayos del día pudo verse á un hombre lanzarse sobre sus huellas corriendo con todas sus fuerzas.

El centinela de la prisión militar había dado algunos pasos fuera de su garita.

Dudó un momento y gritó tres veces:

—¡Detente, preso!

Como el fugitivo corría cada vez más, apoyó el soldado la culata del fusil en el hombro é hizo fuego para tranquilizar su conciencia.

Todas las ventanas de la vecindad se llenaron en un momento de gorras de dormir y de gorros de algodón.

Solo la marquesa de Urgel y su criada Teresa permanecieron con justa razón en el interior de sus habitaciones.

Al mismo tiempo salió una patrulla del cuerpo de guardia.

La causa de todo ese movimiento era la evasión del pobre Vicente de Penhoel.

Vicente había acabado de limar el hierro hácia las cinco de la mañana, pocos momentos antes que el carruaje del nabab se detuviera delante de la marquesa de Urgel.

No tenía ningún plan y contaba confiarse á la inspiración del momento cuando llegara la hora de partir.

Desde que pudo pasar la cabeza á través de los barrotes, miró y distinguió vagamente en la acera una gran masa negra.

Era el dogo de la guardia, centinela cuya vigilancia no se engaña nunca.

Vicente entró en su calabozo y formó una cuerda con sus ropas; era preciso partir. Blanca estaba al otro lado de la calle sufriendo y llamándole.

Ató la cuerda á dos barrotes sujetos en la piedra y se dejó deslizar, no hasta el suelo de la calle, sino hasta el primer piso de la prisión.

Al primer ruido se había movido la masa negra; el dogo se había levantado.

Pero no ladraba. Contentábase con gruñir como si no hubiera querido espantar á su presa.

Esperaba con la boca abierta.

Vicente veía brillar en medio de la oscuridad sus ojos con un rojo sombrío como carbones medio encendidos.

El día, que comenzaba á despuntar, no alumbraba aún el patio de la prisión; pero en la calle se distinguían ya, aunque débilmente, los objetos.

Vicente marchaba de una ventana á otra desgarrándose las manos y las rodillas, pero sosteniéndose sin perder el valor.

Mucho tiempo tardó en llegar á la puerta que

había á la calle de Santa Margarita. Esa puerta estaba situada entre dos murallas.

Vicente se echó sobre la cornisa para recobrar aliento y medir la distancia del salto que debía dar.

Dirigió una mirada en torno suyo. No había llamado la atención del centinela.

Explorando las cercanías de la prisión, apercibió el carruaje detenido enfrente de él.

El día aparecía. Veíase ya bastante para que pudiera distinguir los negros rostros del carruaje. En otro momento tal vez los hubiera reconocido al instante, porque sus fisonomías le habían chocado en la cubierta del Erebo.

Pero tenía otra cosa en que pensar. Además, antes de que hubiera podido hacer ninguna reflexión, se abrió la puerta de la marquesa para dar paso á dos jóvenes que llevaban en sus brazos una mujer enferma ó desmayada.

El alma de Vicente estaba en su mirada.

A la primera mirada reconoció á Blanca de Penhoel.

En cuanto á los jóvenes, no los había mirado.

Un ronco grito se escapó de su pecho. Sin pensar ya en tomar precaución alguna, se colgó con las dos manos de la cornisa y saltó á la calle.

El ruido del carruaje que partía, impidió al centinela oír el grito de Vicente. Pero la caída del prisionero despertó al fin su atención, y al menos demostró buena intención enviando una onza de plomo en busca del fugitivo. Vicente corría si-

guiendo las huellas del carruaje, y volvía ya la esquina de la calle de Erfurth.

Ya estaba lejos de la prision militar de la calle de San Honorato. Los caballos de Berry Mentalt corrian como el viento. Pero la pasion sostenia las fuerzas de Vicente, que luchaba en rapidez con el carruaje.

Iba perdiendo la respiracion y un sudor frio brillaba en su frente.

Llamaba sin saberlo, lanzando desesperados gritos.

En el momento en que Dios le enviaba la libertad, iba á perder á Blanca para siempre.

El carruaje atravesó el puente real y siguió el canal de las Tullerías.

Vicente redoblaba sus esfuerzos, pero sentia agotarse su vigor.

Pudo aún seguir el carruaje toda la plaza de la Concordia y la calle de Gabriela; pero cuando llegó á la esquina de la avenida Marigny habia desaparecido.

Continuó por un momento su rápida carrera sin objeto ni idea, y despues se dejó caer sobre el frio suelo.

EL ENCUENTRO.

Roberto, Bibandier, Blas y Lola estaban reunidos en una sala de la fonda de las Cuatro Partes del Mundo, donde hemos visto al antiguo bandido tomar del honrado Graff lecciones del habla germanica.

Blas y Bibandier estaban juntos á uno de los lados de la chimenea; aparentaban estar muy abatidos. El noble baron no pensaba aquella mañana en peinar su cabellera, y el señor conde de Monteiro no se cuidaba de hacer juegos de cartas.

Al otro extremo de la chimenea estaba sentada en una butaca la marquesa de Urgel, teniendo fijas